

Francisco García Fitz y Feliciano Novoa Portela, *Cruzados en la Reconquista*, Madrid: Marcial Pons Historia, 2014, 246 pp., ISBN: 978-84-15963-22-6.

Es harto conocido que la península Ibérica, en la Edad Media, era considerada un territorio de frente cruzado contra el Islam, equiparable, a todos los efectos, al frente cruzado jerosolimitano. Esto permitió y favoreció que los guerreros de la Cristiandad latina que querían conseguir méritos espirituales para su salvación vinieran a tierras hispanas a luchar contra el Islam, colaborando en el proceso de conquista que se desarrolló en los reinos cristianos peninsulares desde el fin del primer milenio hasta 1492. Más allá de estas constataciones, y de estudios concretos que han permitido conocer más y mejor la presencia de éstos guerreros ultrapirenaicos en las conquistas hispanas, lo cierto es que el fenómeno, a nivel general, nos es a menudo desconocido. ¿Quiénes eran estos guerreros cruzados y que buscaban en la península? ¿Qué relación tuvieron con los guerreros locales? ¿Se mantuvo regular el flujo de cruzados en el frente hispano desde el siglo XI al XV? Éstas y otras cuestiones son las que tratan de resolver Francisco García Fitz y Feliciano Novoa Portela en un reciente estudio, de título provocador, *Cruzados en la reconquista*.

Ambos autores son buenos conocedores de la materia. García Fitz es quizás uno de los investigadores peninsulares del siglo XXI con más recorrido en relación a la cuestión cruzadista, la frontera y los conflictos hispánicos de la Edad Media entre cristianos y musulmanes. Por su parte, Novoa Portela empezó especializándose en la Orden de Alcántara, aunque actualmente ha trabajado en temas muy diversos relacionados con el medievo hispano.

Su estudio se divide en tres partes fundamentales. En primer lugar, los autores se centran en explicar los dos conceptos alrededor de los cuales gira su trabajo: cruzada y reconquista. Más allá de los muchos matices que guarda el término cruzada, se nos define cómo el amplio proceso de enfrentamiento bélico que vivió la Cristiandad, dirigida por Roma, contra el Islam principalmente, pero también contra herejías cristianas que tuvieron cierto desarrollo en la Europa medieval. Éste proceso movilizó a un gran número de guerreros durante siglos, unos contendientes que, a cambio de recompensas espirituales, luchaban en defensa de la Cristiandad porque Dios lo quería. Es fundamental la comprensión de éste fenómeno para acercarse a los cruzados que durante años vinieron a la Península para participar en la llamada por los autores reconquista hispana. Según estos, el término reconquista ha perdido ya sus «fuertes connotaciones nacionalistas», de aquí que pueda ser usado para definir el proceso de conquista de los reinos cristianos peninsulares en detrimento del Al-Andalus musulmán, así como la

ideología bélica propia que se desarrolló en la Península de manera paralela a la misma conquista.

Más allá de los conceptos, el objetivo de los autores era ofrecer una visión global de la presencia de cruzados en las conquistas hispánicas, tema sobre el cual profundizan en el segundo bloque del libro. En éste, García Fitz y Novoa Portela han establecido un marco cronológico de la presencia de cruzados, intentando contextualizar los momentos, los logros, hablando de los protagonistas y de las consecuencias de su paso por la Península. En este sentido, los autores han establecido, *grosso modo*, tres grandes etapas. En una primera, previa a la llamada de Clermont en 1095, constatan la presencia de guerreros ultrapirenaicos que habrían intervenido en unos hechos de armas peninsulares con marcado carácter de guerra santa, como podría haber sido el caso de la conquista de Barbastro de 1064. Se trata de ejemplos puntuales que demuestran el interés de los cristianos de más allá de los Pirineos en colaborar con sus vecinos del sur en la lucha contra el Islam peninsular. La llamada de Urbano II y, sobretudo, la toma de Jerusalén en 1099, marcan el inicio de una nueva fase. Está se caracterizó por la llegada a la Península de un número importante de cruzados que, o bien había vuelto de luchar en Tierra Santa, cómo el caso de Gastón de Bearn que participó en la toma de Zaragoza en 1118, o bien guerreros que, dirigiéndose a Palestina, pasaban por tierras hispanas y colaboraban con las conquistas locales. En este sentido, en algún momento, los reinos peninsulares se beneficiaron más de la llamada a la cruzada en Tierra Santa que los propios cristianos de las tierras jerosolimitanas, como en el caso de la segunda cruzada, el mayor beneficiado de la cual fue Afonso Enriques de Portugal que incorporó Lisboa a sus dominios gracias al apoyo de cruzados europeos.

A pesar de los éxitos, según García Fitz y Novoa Portela, a partir del siglo XIII el panorama cambió. El fortalecimiento de las monarquías hispanas así como la voluntad de los peninsulares de controlar sus conquistas, frenando el intrusismo cruzadista romano, abrió un nuevo período caracterizado por la disminución de cruzados ultrapirenaicos luchando en la Península. Las Navas de Tolosa (1212), batalla de la cual los cruzados se retiraron a poco de producirse, y la revocación de los privilegios cruzadistas por parte de Inocencio III (1213), abrieron un nuevo contexto en la Península. Seguramente, como concluyen los autores, la presencia cruzada se mantuvo a pesar de que las crónicas locales intenten disimularla o esconderla con el fin de dar mayor protagonismo a los nativos. Roma, por su parte, tampoco se lavó nunca del todo las manos del frente hispano. A pesar de todo, a partir del siglo XIII, las bulas de cruzada se convirtieron en un instrumento, político e incluso económico, y el papel de los guerreros extranjeros fue

disminuyendo, dejando las conquistas hispanas fundamentalmente en manos de los peninsulares y, principalmente, en manos castellanas hasta Granada 1492.

Cruzados en la Reconquista se cierra con un último e interesante capítulo dedicado a la visión que tuvieron los peninsulares de sus compatriotas cruzados europeos. A pesar de alguna buena referencia, la imagen que transmiten las crónicas y textos hispanos de los guerreros ultrapirenaicos es fundamentalmente una imagen negativa, criticando la crueldad, la codicia y la cobardía de esos guerreros además de destacar su indisciplina e incapacidad para el combate. Sin duda alguna, la imagen que se transmite tiene una marcada intención política, sobre todo cuando a partir del siglo XIII los cruzados se convierten en una presencia incomoda. Sin embargo, lo cierto es que, como recogen los autores para cerrar su estudio, los cruzados a menudo eran por los peninsulares, por sus diferentes contextos políticosociales de origen así como por el hecho de tener sus propios objetivos y metas, gentes que no entendían.

El trabajo de García Fitz y Novoa Portela, más allá de exponer cuál fue el papel de la cruzados en las conquistas hispanas de la Edad Media, puede ser un interesante punto de partida de cara a trabajos más concretos y específicos. Lo cierto es que su estudio, por su extensión, no permite llegar al detalle de los procesos narrados y es seguro que mucha información ha quedado en el tintero. En este sentido, sería necesario conocer la experiencia cruzadista concreta de los diversos reinos peninsulares, unas entidades, con similitudes y diferencias, que probablemente vivieron la llegada de cruzados y su implicación en la guerra de frontera de modo distinto. Cruzados en la Reconquista puede ser el punto de inflexión historiográfico para que, aparte de seguir estudiando los peninsulares que participaron en las cruzadas de más allá de la península, tema sobre el cuál se ha profundizado más, se empiece a estudiar con detalle la historia de los cruzados que vinieron a tierras hispanas por distintos motivos pero que, al fin y al cabo, participaron directamente en la conquista peninsular.

Oliver Vergés Pons
Institut d'Estudis Medievals
oliver.verges@gmail.com

